X Domingo del Tiempo Ordinario C

El cordero expiatorio

"Sacaban a enterrar a un joven, hijo único de su madre. Se acercó el Señor al ataúd y dijo: Muchacho a ti te lo digo, levántate. El joven se incorporó y empezó a hablar". San Lucas, cap.7.

Nos cuenta la Biblia que en el rito de expiación de los judíos, se tomaba una víctima, se le imponían las manos para descargar sobre ellas todas las culpas del pueblo y en seguida se la abandonaba en el desierto.

En el mundo de hoy quizás hemos hecho algo parecido con los jóvenes: Los hemos convertido en nuestro cordero expiatorio.

Ante la rebeldía de los jóvenes, su comportamiento sexual, la "heavy music", los adultos nos replegamos a nuestros cuarteles. Y desde allí lanzamos anatemas contra la juventud, sin preguntarnos previamente: ¿Por qué sucede esto? ¿Qué culpa nos cabe en esta problemática?

Olvidamos que Jesús obra de otra manera: Se acerca al féretro y llama al que había muerto: Muchacho, a ti te lo digo, levántate. Y muchos de nuestros jóvenes han escuchado la palabra del Señor, para levantarse a estrenar nueva vida. A difundir la noticia de un profeta que lo ha resucitado.

Antes, la juventud miraba la vida cristiana como una exigencia de ritos sin sentido y una represión sexual sistematizada. Hoy su presencia en los templos nos acerca a una liturgia renovada. Ellos han aprendido a integrar la fe con el amor y la alegría.

Antes, los jóvenes se consideraban a sí mismos como adultos disminuidos. No se les reconocía su identidad. Hoy saben que son una fuerza transformante. Tienen una misión:

Darle empuje a este mundo y a la historia. Se sienten símbolo en una Iglesia que se rejuvenece.

Antes, muchos jóvenes no pensaban sino en sus problemas individuales, en su carrera, en su futuro personal. Hoy, por la fuerza del Señor y los medios de comunicación social, se sienten ciudadanos del mundo, solidarios con toda la humanidad y comprometidos con los marginados.

Antes caminaban a ciegas en busca de valores que no discernían. Hoy saben distinguir entre libertad e inconformismo, entre autenticidad y rebeldía, entre riesgo y compromiso.

Cristo confía en sus jóvenes y espera de ellos una ayuda eficaz para construir "la civilización del amor".

Confiemos en ellos también nosotros. Creamos que la juventud ha comprendido la llamada que le hace la vida, como lo expresaba Juan Pablo II a los jóvenes de México: "Comprométanse humana y cristianamente en cosas que merecen esfuerzo, desprendimiento, generosidad. No es posible permanecer indiferentes ante los grandes problemas de América Latina. La Iglesia apoya en ustedes su esperanza".

Padre Gustavo Vélez Vásquez m.x.y